

El elixir de la vida

Sabido es en qué estado acababa de entrar Bálamo en el aposento de Lorenza.

Se disponía pues á despertarla para hacerle las reconvencciones que le sugería su sorda cólera, y estaba muy resuelto á castigarla según le aconsejaba esa cólera, cuando un triple golpe dado en el cielo raso le advirtió que Althotas había estado espiando su entrada y quería hablarle.

Sin embargo, Bálamo aguardó todavía esperando haberse equivocado, ó que sólo sería accidental aquella señal, cuando el impaciente anciano repitió su llamada con redoblados golpes; de suerte que Bálamo, temiendo sin duda el que bajase como lo había hecho muchas veces, ó que Lorenza, despertada por una influencia contraria á la suya, se enterara de alguna nueva particularidad no menos peligrosa para él que sus secretos políticos; de suerte que Bálamo, decimos, después de haber cargado á Lorenza, si así podemos explicarnos, de una nueva capa de fluido, salió para ir á ver á Althotas.

Tiempo era que llegase, pues la trampa se hallaba ya á la mitad del techo; Althotas había dejado su sillón de ruedas, y apareció acurrucado en aquella parte movable del pavimento que subía y bajaba, y vió

por consiguiente salir á Bálamo de la habitación de Lorenza.

Así acurrucado, presentaba el viejo un aspecto tan terrible como asqueroso.

Su blanco rostro, que aun parecía conservar un resto de animación, tomó en algunas de sus partes un color purpúreo nacido de su cólera; sus manos, descarnadas y nudosas como las de un esqueleto de manos humanas, temblaban; sus humedecidos ojos parecían vacilar en sus órbitas, y en una lengua que ni su mismo discípulo conocía, profería contra éste las más violentas invectivas.

Habiendo dejado su sillón para mover el resorte, parecía que sólo vivía y se movía con el auxilio de sus largos brazos, delgados y redondos como los de una araña, y saliendo, como hemos dicho, de su cuarto, inaccesible á todos menos á Bálamo, se estaba trasladando al cuarto inferior.

Para que el débil anciano, tan perezoso, hubiese dejado su sillón, máquina inteligente que le ahorraba tanta fatiga; para que hubiese consentido en realizar uno de los actos de la vida vulgar; para que se hubiese tomado el fastidio y la fatiga de hacer semejante cambio en sus hábitos, preciso era que un estímulo extraordinario le hubiese hecho salir de su vida contemplativa forzándole á volver á su vida real.

Bálamo, sorprendido en cierto modo *in flagranti delicto*, mostró asombro al principio y luego inquietud.

— ¡ Ah! ¡ al fin está aquí, holgazán! exclamó Althotas. ¡ Al fin has venido, ingrato! ¡ Al fin te veo, infame, que así abandonas á tu maestro!

Bálamo invocó en su auxilio la paciencia, como lo hacía siempre que hablaba con el anciano.

— Paréceme, amigo mío, replicó dulcemente, que he acudido apenas habéis llamado.

— ¡ Yo amigo tuyo ! exclamó Althotas ; ¡ yo à amigo de un vil ! Cuando hablas conmigo te figuras que estás hablando con los de tu ralea. Yo sí que he sido amigo para tí ; más que amigo, padre ; pero un padre que te ha mantenido, educado, instruido y hecho rico. ¿ Pero tú amigo para mí ? ¡ Oh ! no, pues me dejas abandonado, me matas de hambre, me asesinas.

— Vamos, maestro, se os altera la bilis, se os enardece la sangre, y vais á ponerlos malo.

— ¡ Malo ! Eso es burlarse de mí. ¿ He estado yo nunca malo sino cuando tú me has hecho participar, á pesar mío, de alguna de las miserias de la sucia condición humana ? ¡ Malo ! ¿ Se te ha olvidado que yo soy quien curo á los demás ?

— En fin, maestro, repuso Bálamo con frialdad, aquí me tenéis, no perdamos el tiempo en vano.

— Sí, te aconsejo que me recuerdes eso ; el tiempo, el tiempo que me obligas á economizar, cuando en mí no debía tener ni fin ni límite el término concedido á todas las criaturas. Sí, mi tiempo se pasa ; sí, estoy perdiendo tiempo ; sí, mi tiempo, ni más ni menos que el de los demás, va cayendo en la síma de la eternidad de minuto en minuto, siendo así que yo debía ser tan eterno como la misma eternidad.

— Vamos, maestro, dijo Bálamo con inalterable paciencia, bajando al mismo tiempo la plancha hasta el suelo, situándose á su lado y moviendo el resorte para volver á subir al viejo á su aposento ; ¿ qué es lo que necesitáis ? Hablad. Decís que os mato de hambre ; pero ¿ no os halláis todavía en los cuarenta días de dieta rigurosa ?

— Sí, sí, indudablemente ; hace treinta y dos días que empezó la obra de mi regeneración.

— Pues entonces, ¿ de qué os quejáis ? Ahí veo dos

ó tres garrafas de agua llovediza, que es la única que bebéis.

— Sin duda ; pero ¿ te figuras tú que yo soy algún gusano de seda para realizar por mí solo la gran obra de rejuvenecerme y trasformarme ? ¿ Te figuras tú que no teniendo fuerzas, he de poder componer yo solo mi elixir de la vida ? ¿ Te figuras tú que echado sobre un lado y debilitado con las bebidas refrigerantes, que es á lo que se reduce mi alimento, he de tener el entendimiento bien expedito, si tú no me ayudas, para hacer, entregado únicamente á mis propios recursos, el minucioso trabajo de mi regeneración, cuando sabes, desventurado, que debe ayudarme y socorrerme un amigo ?

— Aquí me tenéis, pues, maestro, aquí me tenéis ; vamos, responded, dijo Bálamo volviendo á instalar casi á pesar suyo al viejo en su sillón, como hubiera podido hacer con un niño asqueroso ; vamos, responded : agua destilada no os ha faltado, puesto que, como ya os dije antes, veo aquí tres garrafas llenas, y por cierto ya sabéis que esta agua se cogió el mes de mayo : también tenéis galletas de cebada y ajonjolí, y yo mismo os he administrado las gotas blancas que recetasteis.

— Sí, pero no está compuesto el elixir ; tú no te acuerdas de eso, ni has pensado en ello. Quien se acordaba era tu padre, que era más fiel que tú ; de suerte que cuando llegué á mi última cincuentena, ya hacía un mes que tenía compuesto mi elixir. Al efecto me había retirado al monte Ararat ; y un judío me proporcionó por su peso en dinero un niño cristiano que todavía mamaba ; lo sangré según el rito, recogí las tres últimas gotas de sangre arterial, y en una hora quedó compuesto mi elixir, al que sólo faltaba ese ingrediente. Así, mi regeneración de cincuenta años fué maravillosa ; durante las convulsiones que suce-

dieron á la absorción de aquel venturoso elixir, se me cayeron los dientes y el pelo; pero me nacieron de nuevo; verdad es que los dientes bastante mal, porque no tuve la precaución de introducir el elixir en mi garganta por medio de un canuto de oro. Sin embargo, el pelo y las uñas volvieron á crecer en esa segunda juventud, y empecé á vivir de nuevo como si tuviese quince años. Pero he vuelto á envejecer, estoy otra vez tocando al último término, y si el elixir no está hecho, si no está metido en esta botella, y si no consagro todos mis cuidados á esta obra, se aniquilará conmigo la ciencia de un siglo, y este secreto admirable, sublime, que yo poseo, será perdido para el hombre, que toca en mí y por mí en la divinidad. ¡Oh! si se frustran mis intentos, si me engaño, si no salgo victorioso, culpa tuya será, Acharat; tú serás la causa de ello... ¡Y cuidado! porque mi cólera será terrible.

Al pronunciar estas últimas palabras que hicieron brotar de sus moribundas pupilas como una chispa lívida, acometió al viejo una pequeña convulsión, á la que siguió un ataque violento de tos.

Bálsamo le prodigó en el mismo instante los más solícitos cuidados.

El anciano volvió en sí; pero su palidez se había convertido en un color lívido, pues aquel ataque había agotado sus fuerzas de tal modo que cualquiera le hubiera creído á punto de expirar.

— Vamos, maestro, le dijo entonces Bálsamo; formulad lo que queréis.

— ¡Lo que quiero!... repitió mirando fijamente á Bálsamo.

— Sí.

— He aquí lo que quiero.....

— Hablad, que ya os escucho y estoy pronto á obedeceros, si lo que deseáis es posible.

— ¡Posible! ¡ posible!... murmuró desdeñosamente el anciano. Bien sabes que todo es posible.

— Sin duda que lo es con el tiempo y con la ciencia.

— En cuanto á la ciencia, la tengo, y por lo que hace al tiempo, estoy á punto de vencerlo; pues mi dosis ha tenido excelente éxito; mis fuerzas han desaparecido casi totalmente, y las gotas blancas han provocado la expulsión de una parte de los restos de la naturaleza vieja. La juventud, semejante á la savia de los árboles en mayo, va subiendo por debajo de la vieja corteza y hace salir por decirlo así la madera antigua. Observarás, Acharat, que los síntomas son excelentes; mi voz se ha debilitado; mi vista ha disminuido en tres cuartas partes; siento que me va faltando la razón por intervalos; se me ha hecho insensible la transición del calor al frío; por consiguiente me es urgente acabar mi elixir, para que en el mismo día de mi segunda cincuentena, pase de la edad de cien años á la de veinte sin vacilación. Tengo preparados para ese elixir todos los ingredientes, el conducto está hecho, y sólo me faltan las tres gotas de sangre que te he dicho.

Bálsamo hizo un movimiento de repugnancia.

— Está bien, dijo Althotas; renunciemos al niño ya que es tan difícil, y que quieres más encerrarte con tu manceba que buscármelo.

— Bien sabéis, maestro, que Lorenza no es mi manceba, respondió Bálsamo.

— ¡Oh! ¡oh! oh! dijo Althotas, eso lo dices tú creyendo sin duda que vas á engañarme á mí como á los demás; ¿quieres hacerme creer en esa criatura inmaculada siendo tú hombre?

— Os juro, maestro, que Lorenza es tan casta como

la santa madre de Dios; os juro que amor, deseos, deleites terrenales, todo lo he sacrificado en bien de mi alma, porque también me ocupo yo en mi obra de regeneración; sólo que en vez de aplicármela á mí únicamente, será para el mundo entero.

— ¡Loco! ¡pobre loco! exclamó Althotas; capaz es de volver á hablarme de sus cataclismos de aradores y de sus revoluciones de hormigas, cuando yo le estoy hablando de vida eterna, de eterna juventud.

— Que sólo puede adquirirse á costa de un crimen espantoso, y aun así....

— ¡Pues no duda el desventurado!

— No dudo, maestro; pero al fin, supuesto que renunciáis al niño, según decís, vamos, ¿qué os hace falta?

— La primera criatura virgen que caiga en tus manos; poco importa que sea hombre ó mujer, aunque mejor sería una mujer, según he descubierto en la afinidad de los sexos. Búscame pues esto, y pronto, porque sólo me quedan ocho días.

— Está bien, maestro, dijo Bálamo; veré si lo encuentro.

Otro relámpago más terrible que el primero brotó de los ojos del viejo.

— ¡Verás si lo encuentras! exclamó; es verdad que lo esperaba de tí, y no sé porqué me admiro. ¿Y desde cuándo acá, miserable gusano, habla así la criatura al que la ha formado? ¡Ah! me ves sin fuerzas, me ves postrado, ves que te ruego, y eres tan tonto que crees estoy á merced tuya. Dime que sí ó que no, Acharat, y no andemos con embustes, ni aparentes lo que no sientas, porque te estoy viendo y penetro en tu corazón; porque te conozco y te perseguiré.

— Mirad, maestro, respondió Bálamo, que el furor os va á perjudicar.

— ¡Responde, responde!

— Yo no miento á mi maestro: veré si puedo proporcionaros lo que deseáis, sin que á los dos se nos siga perjuicio, sin perdernos, como podría suceder. Buscaré un hombre que nos venda la criatura que necesitáis; pero no cargaré con ese crimen. He aquí lo que puedo deciros.

— ¡Vaya una delicadeza! dijo Althotas con amarga sonrisa.

— Lo digo como lo siento, maestro, repuso Bálamo.

Althotas hizo un esfuerzo tan poderoso, que apoyando sus brazos en los del sillón se puso en pie.

— ¿Sí ó no? dijo.

— Sí, caso de que lo encuentre, maestro; pero no, si no puedo proporcionarlo.

— ¿Es decir, miserable, que me expones á que muera? Capaz eres de economizar tres gotas de sangre de un animal inmundo y nulo como lo es la criatura que necesito, para dejar que caiga en el abismo eterno una criatura tan perfecta como yo. Oye, Acharat, nada te pido ya, dijo el viejo con una sonrisa que causaba espanto; no, absolutamente nada te pido: lo que haré será esperar; pero si no me obedeces, yo me serviré á mi mismo; si me abandonas, me socorreré yo propio. Ya lo has oído; ahora véte.

Bálamo, sin contestar una palabra á aquella amenaza, preparó al rededor del viejo todo lo necesario, poniendo la bebida y el alimento donde pudiera alcanzarlos, y haciendo cuanto podría hacer con su amo un criado cuidadoso ó cuanto podría hacer por su padre un hijo solícito y cariñoso. Luego, absorto en un pensamiento diferente del que atormentaba á Althotas, bajó la plancha para descender sin notar que el anciano

le siguió con su irónica vista hasta donde se extendían su mente y su corazón.

Ya estaba Bálsamo enfrente de Lorenza, quien continuaba dormida, y todavía se sonreía Althotas como un espíritu maligno.

XXIII

Lucha

Allí se detuvo Bálsamo con la mente henchida de dolorosos pensamientos.

Decimos dolorosos y no violentos, porque la escena que acaba de pasar entre él y Althotas, haciéndole quizá considerar la nada de las cosas humanas, había disipado toda su cólera, y estaba recordando el procedimiento del filósofo que recitaba todo el alfabeto griego antes de escuchar la voz de esa negra divinidad consejera de Aquiles.

Al cabo de un instante de fría y muda contemplación delante de un canapé en que estaba tendida Lorenza, dijo:

— Heme aquí triste, pero resuelto y viendo claramente mi situación: Lorenza me aborrece; Lorenza me ha amenazado con denunciarme, y me ha denunciado; mi secreto no lo es ya, lo he dejado en poder de esta mujer que lo da al viento; me parezco al zorro que ha sacado de la trampa de acerados dientes los huesos de su pierna, pero dejando en ella la piel y la carne, de modo que al día siguiente puede decir el cazador: «Aquí ha caído el zorro; yo lo reconoceré muerto ó vivo.»

Y esta desgracia inaudita, esta desgracia que Althotas no puede comprender y que por esto mismo no le he contado; esta desgracia que mata todas mis espe-

ranzas de triunfo en este país, y de consiguiente en este mundo, cuya alma es la Francia, la debo á esta criatura que está aquí dormida, á esta hermosa estatua de dulce sonrisa. Sí, á este ángel debo el deshonor y la ruina, hasta que la deba el cautiverio, el destierro ó la muerte.

Luego la suma del mal, prosiguió cada vez más animado, ha superado á la del bien, y Lorenza me es perjudicial.

¡Oh! culebra de anillos graciosos, pero que ahogan! ¡Oh, serpiente de garganta dorada, pero llena de veneno, duerme, duerme, porque cuando despiertes me veré obligado á matarte!

Y, con siniestra sonrisa, Bálsamo se acercó lentamente á la joven cuyos ojos, cargados de languidez, se iban fijando sobre él á medida que se acercaba, cual se abre el girasol y la voluble á los primeros rayos del sol de la mañana.

— ¡Oh! exclamó Bálsamo; será necesario que yo cierre para siempre esos ojos que me están mirando con tanta ternura, esos hermosos ojos que están preñados de rayos así que no lo están de amor.

Lorenza se sonrió dulcemente enseñando la doble hilera tan suave y pura de sus dientes de perlas.

— ¡Pero matando á la mujer que me aborrece, continuó Bálsamo retorciéndose los brazos, mato también á la que me ama!

Y su corazón se llenó de profundo sentimiento, mezclado con un deseo vago y extraño.

— No, murmuró, no; he jurado en vano, he amenazado inútilmente; no, no, nunca tendré valor para matarla; no, vivirá, pero vivirá sin estar nunca despierta, vivirá de ese modo facticio, que será para ella una dicha mientras que el otro es una desesperación. ¡Ojalá pueda hacerla dichosa! ¡Qué importa lo

demás?... Sólo tendrá una existencia, la que yo le daré, aquella durante la cual me ama, aquella con que vive en este momento.

Y abarcó con una mirada tierna la amorosa mirada de Lorenza, al mismo tiempo que bajaba lentamente una mano sobre su cabeza.

En aquel momento, Lorenza, que parecía que leía el pensamiento de Bálsamo como si fuera un libro abierto, arrojó un prolongado suspiro, se levantó suavemente, y con la graciosa lentitud del que está dormido fué á enlazar sus blancos y torneados brazos al cuello de Bálsamo, quien sintió su perfumado aliento á dos dedos de distancia de sus labios.

— ¡Oh! no, no! exclamó Bálsamo pasándose la mano por su abrasadora frente y sus ojos deslumbrados; ¡no! esta vida de embriaguez conduciría al delirio; no, porque no podría resistir siempre, y con ella, con este demonio tentador, con esta sirena, huirían de mí la gloria, el poder y la inmortalidad. No, no, despertará; lo quiero, y es necesario.

Desatinado, fuera de sí, aun tuvo fuerzas Bálsamo para rechazar á Lorenza, quien se desasíó de él y fué á caer en el sofá como un velo flotante, como una sombra, como un copo de nieve.

La coqueta más refinada no hubiera escogido una postura tan seductora para llamar la atención á su amante.

Desatinado, fuera de sí, Bálsamo tuvo también fuerzas para alejarse unos cuantos pasos; ¡pero se volvió como Orfeo, y, como Orfeo, se perdió!

— ¡Oh! si la despierto, pensó, va á empezar de nuevo la lucha: si la despierto, se matará, ó me matará á mí, ó me obligará á que yo la mate. ¡Oh, abismo, abismo!... Sí, el destino de esta mujer está escrito con caracteres de fuego, y me parece que estoy

leyendo: ¡ Muerte! ¡ Amor!... ¡ Lorenza, Lorenza! estás predestinada á amar y á morir. ¡ Lorenza, Lorenza! en mis manos tengo tu vida y tu amor.

Por toda respuesta la encantadora joven se levantó, dirigióse en derechura á Bálamo, cayó á sus pies, y mirándole con ojos inundados de sueño y deleite le cogió una mano que apoyó sobre su corazón.

— ¡ La muerte! dijo en voz baja con sus labios húmedos y tan brillantes como el coral que se cria en el mar; ¡ la muerte, pero amor también!

Bálamo retrocedió dos pasos con la cabeza inclinada y tapándose los ojos.

Lorenza le siguió de rodillas jadeando.

— ¡ La muerte, repitió con su voz seductora, pero también amor! amor! amor!

Bálamo no pudo resistir más tiempo, porque devoraba su cuerpo una hoguera.

— ¡ Oh! dijo, ya es demasiado; he resistido todo lo que puede resistir un ser humano. ¡ Demonio ó ángel del porvenir, quienquiera que seas, ya estarás contento: bastante tiempo he sacrificado al egoísmo y al orgullo todas las pasiones generosas que arden en mí! ¡ Oh! no, no tengo derecho para rebelarme de este modo contra el único sentimiento humano que fermenta en el fondo de mi corazón. Amo á esta mujerla amo: y este amor apasionado hace contra ella más que haría el odio por terrible que fuese, puesto que le da la muerte. ¡ Oh! ¡ qué cobarde soy, qué loco, qué feroz, cuando ni siquiera sé dominar mis deseos! ¡ Cómo! cuando exhale el último suspiro, cuando me prepare á presentarme delante de Dios, yo que soy un embustero, yo que soy profeta falso; cuando me quite en presencia del Supremo Juez la capa del artificio y la hipocresía, no tendré ni una acción generosa que poder confesar, ni una sola dicha cuyo recuerdo venga

á consolarme en medio de los padecimientos eternos....

¡ Oh! no, Lorenza, no; sé que con amarte pierdo el porvenir, sé que mi ángel revelador va á remontarse á los cielos así que la mujer descienda á mis brazos. ¡ Pero lo quieres tú, Lorenza? ¡ lo quieres?

— ¡ Adorado mío! dijo ésta suspirando.

— ¡ Luego aceptas esta vida facticia en lugar de la vida real?

— Te la pido; te la suplico de rodillas, porque esta vida es el amor y la felicidad.

— ¡ Y te bastará cuando seas mi mujer? porque ya ves que te amo con ardor.

— ¡ Oh! bien lo sé, pues leo en tu corazón.

— ¡ Y me acusarás jamás ni ante los hombres ni ante Dios de haber sorprendido tu voluntad, de haber engañado tu corazón?

— ¡ Jamás! ¡ jamás! ¡ Oh! al contrario, ante los hombres y ante Dios te daré gracias por haberme dado el amor, el único bien, la única perla, el único diamante de este mundo.

— ¡ Jamás sentirás haber perdido tus alas, pobre paloma? porque debes saber que de hoy más no volverás á buscar para mí en los espacios radiantes, al pie de Jehová, el rayo de luz con que en otro tiempo iluminaba la frente de sus profetas. Cuando yo quiera saber el porvenir, cuando quiera mandar á los hombres, ¡ ay! tu voz no me responderá. Yo tenía en ti la mujer amada y al mismo tiempo mi genio auxiliar, y no volveré á tener más que el uno de los dos, y aun...

— ¡ Ah! ¡ dudas! exclamó Lorenza. Veo la duda impresa en tu corazón como una mancha negra.

— ¡ Me amarás siempre, Lorenza?

— ¡ Siempre, siempre!

Bálamo se pasó la mano por la frente.

— ¡ Pues bien ! sea, dijo. Por otra parte...

Y se quedó abismado un instante en su pensamiento.

— ¡ Por otra parte, continuó, me es absolutamente necesario que sea ésta ? ¡ Es acaso la única en el mundo ? No, no ; mientras que ésta me haga dichoso, la otra seguirá haciéndome rico y poderoso. Andrea es tan predestinada, tiene tanta lucidez y tanta segunda vista como tú. Andrea es joven, pura, virgen, y no la amo ; y sin embargo, durante su sueño está tan sometida á mi voluntad como tú ; tengo en Andrea una víctima dispuesta á reemplazarte, el *alma vil* del médico y que puede servir para las experiencias ; ella vuela tan lejos, y ¡ quién sabe si no volará quizá más que tú, por las regiones incógnitas ! ¡ Andrea ! ¡ Andrea ! te tomo por mi soberanía. Lorenza, ven á mis brazos, pues desde ahora quiero que seas mi amante y mi querida. Con Andrea soy poderoso ; con Lorenza seré feliz. Mi vida sólo es completa desde este momento, y, á excepción de la inmortalidad, he realizado el sueño de Althotas : ¡ menos en lo inmortal, soy igual á los dioses !

Y levantando á Lorenza, abrió sus brazos enajenado de amor, y Lorenza fué á enlazarse contra su palpitante pecho tan estrechamente como la hiedra se enlaza á la encina.

XXIV

El amor

Había principiado una nueva vida para Bálamo, vida hasta entonces desconocida para él, pues había tenido una existencia activa, turbada y múltiple. Tres días hacía que habían desaparecido sus furores, sus celos y sus celos, y tres días hacía también que no oía hablar de política, de conspiraciones y de conspiradores. Al lado de Lorenza, de quien no se separaba un solo instante, había olvidado el mundo entero, y aquel amor extraño, inaudito, que en cierto modo cernía sus alas sobre la humanidad, aquel amor lleno de embriaguez y misterios, aquel amor fantasmagórico (porque Bálamo sabía muy bien que con una sola palabra podía convertir á su tierna amante en un enemigo implacable), aquel amor arrancado al odio, gracias á un capricho inexplicable de la naturaleza ó de la ciencia, colmaba á Bálamo de una felicidad que participaba del estupor á la par que del delirio.

Más de una vez, durante aquellos tres días, sacudiendo los soporíferos letargos del amor, había mirado Bálamo á su compañera, risueña siempre, siempre extática, porque desde entonces, en la existencia que él acababa de crearle, la hacía descansar de su vida facticia con su éxtasis, sueño igualmente falaz ; y al verla tranquila, amable y dichosa ; al oirla prodigarle los nombres más cariñosos, y manifestar en alta voz